

# La Sociología en la perspectiva del desarrollo nacional colombiano

Héser Eduardo Pérez Rivera

## La fase fundadora

Cuarenta años en términos de evolución de una disciplina como la sociología suena a bastante tiempo, pero no resulta demasiado en la dimensión histórica. Mucho menos cuando se trata de un saber que se introduce en Colombia cuando apenas llevaba un poco más de dos décadas de asentamiento en los medios académicos de los países industrializados. A este carácter incipiente de su implantación en las universidades se añade el que se hallaba bajo el dominio de una sola perspectiva teórica, originada en los Estados Unidos, el estructural funcionalismo, que reinaba sin discusión internacionalmente y cuyo principal efecto negativo era el de haber eliminado la historia de la interpretación sociológica.

Es sabido que la sociología logra su estatus universitario y se abre camino como profesión a partir de los años treinta del siglo XX. Hasta entonces se reconocía la importancia de los aportes de intelectuales alemanes, franceses, ingleses, norteamericanos, en forma de tratados de teoría, análisis sociológicos y una apreciable variedad de manuales, pero es la obra y la actividad de Talcott Parsons la que contribuye en gran medida a que adquiera el peso que le permite crearse un campo académico propio entre las ciencias sociales.

Fue entonces bajo la égida mundial del estructural funcionalismo que en 1959 se creó en la Universidad Nacional un departamento de sociología. Su fundador, Orlando Fals Borda, era un producto típico de las escuelas de sociología norteamericanas, no sólo por su formación académica sino por su fe religiosa protestante, tan ligada esta última a la institucionalización de la disciplina en los Estado Unidos. No podía ser de otra forma. En las universidades europeas el influjo de Parsons era efectivo. No importa de donde viniesen los pioneros, el resultado habría sido el mismo. En consecuencia, la primera fase de la enseñanza de la sociología en la Universidad Nacional se caracterizó por un cierto eclecticismo, con el telón de fondo de la teoría dominante. Esa fase se extiende hasta 1966, cuando la Facultad de Sociología que había sucedido al departamento inicial se incorpora, de nuevo como departamento, a la Facultad de Ciencias Humanas y el fundador renuncia y asume un cargo internacional en Europa.

Pero es importante destacar que el período en cuestión va a estar signado por un hecho trascendental que incidirá directamente en el desenvolvimiento de la sociología en la Universidad Nacional: la revolución cubana. Ubicada Cuba en uno de los bandos de la guerra fría, provoca en los gobiernos estadounidenses, entre otras acciones, la de prevenir la expansión del comunismo mediante programas de cambio en América Latina. Esos programas –parte esencial de la Alianza para el Progreso- se dirigen en especial a las masas campesinas, para las cuales se diseñan reformas agrarias. En Colombia Fals Borda, sociólogo rural, participa en esa empresa de reformismo liberal, como funcionario del Ministerio de Agricultura y como asesor del mismo. También el padre Camilo Torres, profesor de la Facultad, trajinará por los comités del INCORA. Los estudios rurales atraen el interés de los estudiantes y se publican investigaciones en el área realizadas por profesores. Sin embargo, por fuera de esta óptica se proyecta una vanguardia revolucionaria que se decide a imitar la gesta cubana y que arrastra junto a jóvenes universitarios al padre Torres. Fals Borda, a su regreso de Europa se abandona su optimismo reformista y se declara marxista. Se retira de la academia y opta por el activismo político.

El final de este primer ciclo de la sociología se corresponde, pues, con la crisis ideológica del fundador, de quien dependía la orientación de la enseñanza que se impartía hasta entonces en la Facultad. La dicotomía sociedad tradicional- sociedad moderna y los estudios de caso eran útiles para estudiar pequeñas comunidades, campesinas o urbanas, pero no servían para explicar los cambios violentos que se estaban sucediendo en Colombia y en otras partes del mundo. Aún los trabajos más ambiciosos, como el de *La Violencia en Colombia*, son de carácter histórico-descriptivo, más que sociológico. Así, en los ocho años transcurridos no se alcanza a echar las bases de una escuela sociológica y se cierra el período con un vacío de orientación.

### **Transición y reforma**

Ese vacío de orientación se llena circunstancialmente entre 1966 y 1968 con los modelos interpretativos de un grupo de sociólogos latinoamericanos influidos principalmente por los esquemas de la CEPAL. Traídos con la financiación de la Fundación Ford para el postgrado en sociología, terminan dirigiendo el departamento. Un movimiento estudiantil contrario a la dependencia de la Ford consigue el retiro de ésta y plantea la necesidad de una reforma del Plan de Estudios que es apoyada por los profesores. Y a partir de ese momento se inicia una nueva fase en la evolución de la sociología en la Universidad Nacional, caracterizada por el hecho de que en el eje de la disciplina se sitúan las teorías clásicas: Marx, Weber, Durkheim y Parsons. En 1968, el profesor Darío Mesa, el autor de la reforma, se adelantaba a lo que sería el común denominador unos años después en los Estados Unidos y Europa: la adopción, para la formación de sociólogos, de un cuerpo conceptual propio de la disciplina, en el cual figuran por primera vez en primer plano tres autores cuyos métodos teóricos se fundamentan en la íntima relación

entre la teoría y la historia. Junto a la teoría ahistórica de Parsons, que supone una sociedad en equilibrio, fiel trasunto de la sociedad capitalista, se encuentran entonces tres teorías que, por el contrario, conciben las estructuras sociales en permanente cambio y apuntan a la búsqueda de leyes en la larga duración. De este modo se amplía la posibilidad de explicación sociológica en una época en la que acontecimientos tan importantes como el de la revolución cubana, la invasión de los Estados Unidos a Santo Domingo, la guerra del Vietnam o mayo del 68, mal pueden explicarse cabalmente con la sola ayuda del estructural funcionalismo.

Es en esa misma década de los sesenta que surge en los Estados Unidos la crítica a Parsons con C. Wright Mills y se escribe la primera obra (1965) que vincula en ese país la teoría sociológica a la historia, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, de Barrington Moore, un sociólogo que se inspira en Marx y se convierte en el iniciador de una corriente que luego cobrará mucha fuerza en los Estados Unidos, la llamada sociología histórica. Este nexo de la teoría y la historia cuenta, por supuesto, en el reconocimiento que a finales de la década de los sesenta tendrán Marx, Weber y Durkheim, que empezarán a ser considerados como clásicos de la disciplina y se los incluirá en los programas de la carrera en la universidades europeas y norteamericanas. Según Anthony Giddens esto sucede después de 1971.

### Lo nacional, político y científico

Las ideas en las que se fundamentó la reforma del departamento de Sociología en 1968<sup>1</sup> eran, desde luego, una típica expresión de la perspectiva sociológica que apuntaba a descubrir el cambio de las estructuras en la larga duración. Los conceptos de nacional, político y científico concernían a un departamento universitario que tomaba conciencia de su entronque vital con el pasado, el presente y el futuro de la sociedad colombiana. Su objeto de estudio sería esa sociedad, pero no como un agregado de factores o de campos de investigación sino en su configuración de Estado nacional. Estado nacional colombiano y sus relaciones con los otros Estados nacionales. Se partía de la asimetría de estas relaciones que, como es sabido, se han fraguado, en la historia moderna, en el yunque del capitalismo. El desarrollo desigual de las fuerzas productivas condujo a que algunos países que tomaron la delantera en la vía de la industrialización sometieran a su yugo a los países atrasados. Y éstos, encaminados por la misma senda capitalista en un contradictorio proceso en el que prima “la simultaneidad de lo no simultáneo”, asimilaron los elementos de la revolución industrial como transferencia tecnológica, en una época en la cual la ciencia empezaba a constituirse en las naciones avanzadas en la pieza clave del crecimiento de la industria. En el documento de 1968 se constataba este hecho: “Hoy más que antes, se decía allí, el conocimiento científico es propiamente un medio

<sup>1</sup> Mesa Darío. *Sugestiones para discutir sobre el departamento de Sociología*, 1968, mimeografiado.

de producción, es parte sin duda primordial de las fuerzas productivas”<sup>2</sup>. Y se subrayaba que el desarrollo de las fuerzas productivas es el factor determinante para la fortaleza militar, económica y política de un país.

La sociología –se dijo entonces-, habría de servir para comprender y explicar a Colombia como nación, punto de vista que se ubicaba en una tendencia definida de la disciplina desde su nacimiento como ciencia independiente. Lo cierto es que de suyo la sociología estuvo siempre enmarcada en el ámbito de los Estados nacionales. Y si bien presenta en sus teorías niveles que apuntan a dar cuenta de procesos de orden universal, su práctica está ligada casi literalmente a los problemas nacionales y en particular al Estado nacional. No hay que olvidar que su arraigo en las universidades después de la segunda guerra mundial se debió en buena medida al apoyo del Estado. Por lo demás, en los clásicos mismos está presente ese vínculo: la aspiración de Marx, proyectada en sus escritos de juventud, de que en su país se supere la monarquía feudal y se instaure el “Estado político”; la preocupación permanente de Weber, traducida en estudios y artículos varios, por el futuro del Estado y la nación alemanas; el interés de Durkheim en contribuir a la integración de la nación francesa, luego de la guerra franco-prusiana, mediante estudios concretos, que realiza guiado por su teoría; y Parsons mismo, que no sólo escribe sobre cuestiones relativas a la nación norteamericana sino que participa en su defensa incorporado a los grupos de asesores del gobierno en la segunda guerra mundial. Ni que decir de sociólogos contemporáneos. Piénsese por ejemplo en Habermas y sus artículos sobre la reunificación alemana y el futuro del Estado nacional alemán.

Colombia se encontraba, según aquél diagnóstico, ante la necesidad de adentrarse en la revolución científica y técnica, si es que aspiraba a avanzar en su desarrollo, competir en condiciones de igualdad con otras naciones en el campo económico y sustentar su soberanía en sus propias fuerzas. Por su carácter de universidad del Estado, correspondía a la Universidad nacional asumir su parte en la estratégica tarea de apropiación del saber científico y técnico elaborado en los países industrializados y en su adecuación a las condiciones nacionales, formando los cuadros en las áreas claves pertinentes. Hallándose el conocimiento sociológico “en la base de la organización de la técnica, en el aumento de la productividad, etc.”, aparecía claro el papel de los sociólogos en un propósito de tal naturaleza. De manera específica debían abocarse a “describir y explicar el país, tanto desde el punto de vista funcional y estructural como evolutivo”; meta que implicaba “precisar a Colombia como Estado nacional, con tradición y presente específicos”<sup>3</sup>. En últimas, el **poder** era la variable que establecía el vínculo entre lo nacional, lo político y la ciencia, como puede demostrarse revisando la frase en la que se justifica el carácter político del departamento; esta frase resume muy bien el nexo de base entre los términos

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 1.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 1.

de la tríada: “en el día –se afirma-, ni la planeación económica, ni la política agraria, ni actividad alguna del poder puede avanzar sin el análisis científico del objeto que va a aplicarse”<sup>4</sup>. Este peso en el poder y en el Estado marca la diferencia en el enfoque sociológico anterior a la reforma y el que predomina después de ella.

### **La revolución industrial y la revolución científica**

La definición del departamento de Sociología como nacional, político y científico, es un planteamiento que hoy tiene plena vigencia. No fue, de ninguna manera, producto de un análisis coyuntural sino una penetrante incursión en las corrientes históricas que estaban detrás de los fenómenos cotidianos. Develaba las tendencias de toda una época, en la que vivimos, apenas insinuada en Colombia en aquellos años. Lo sucedido desde entonces ha comprobado con creces lo acertado del diagnóstico. El mismo profesor Darío Mesa lo ratificó en una conferencia dictada en 1982<sup>5</sup> en el departamento de Sociología. Examinó en esa ocasión la situación nacional e internacional, a la luz de los conceptos que sustentó en 1968, centrado en diez puntos: la productividad del trabajo, el espacio económico, la desocupación, el apareamiento de una nueva clase industrial, particularmente de una nueva clase trabajadora, las nuevas condiciones de la educación, de la educación técnica en particular, condiciones que han de tener en su fundamento una base científica, los complejos industriales, la relación de la ciencia y la técnica contemporáneamente, la ciencia como una fuerza productiva directa y las relaciones del individuo, de las clases sociales y del Estado. Consideraba que los problemas que han surgido en torno a estos aspectos se presentan en todos los países del mundo, tanto capitalistas avanzados como socialistas, en mayor o en menor grado.

Según el profesor Mesa la productividad del trabajo, “se ve hoy más claramente como un problema estratégico de todas las naciones, sin excluir absolutamente a ninguna. Ni las que eufemísticamente denominamos subdesarrolladas ni las más avanzadas, porque de este problema depende no sólo de lo que llamamos comúnmente el nivel de vida sino la fuerza del Estado, la contextura de la sociedad, etc”; en cuanto hace al espacio económico están ahí la Comunidad Europea y el Pacto Andino para demostrar la materialización de ese concepto; la desocupación, vinculada al apareamiento de una nueva clase industrial, concierne directamente con el problema de la productividad del trabajo, “y, por lo tanto, con los problemas de la técnica mayor o menor que tengamos, incluida en esa técnica de la producción la capacidad productiva del trabajo individual, es decir el hombre concreto, los hombres concretos...el factor humano sin el cual no podemos realmente...afrontar ninguna tarea importante en la construcción nacional y

<sup>4</sup> Ibid., p. 1.

<sup>5</sup> *¿En dónde estamos?* Conferencia dictada por el profesor Darío Mesa en el seminario de profesores del Departamento de Sociología, abril 22 de 1982 (Transcripción de la grabación magnetofónica).

Ibid., pp. 2-3.

muchísimo menos en una escala menor en la construcción de una universidad en consonancia con lo que demanda la construcción de la nación”<sup>6</sup>; la relación de la ciencia y la técnica, “es hoy cada vez más clara que cuando aquellas palabras iniciales se dijeron en la Universidad .....esa relación...es posible comprobarla hoy en todos los procesos de la técnica avanzada”, lo que implica “poner en el fundamento de la formación de los técnicos universitarios...los técnicos formados en la universidad y, en este caso particularmente de la Universidad Nacional...una base de ciencias puras, sin lo cual estos técnicos...quedarán al cabo de no más de 5 años, por lo que se refiere a ingenieros, convertidos literalmente en bagazos. Es decir, como su nombre lo indica, en individuos ya completamente expulsados de la producción”<sup>7</sup>. Concluye de lo anterior que “Si nosotros queremos tener una mano de obra altamente calificada, pasada por los filtros de la universidad y productiva en el trabajo...hemos de formarla a partir de un fundamento científico puro...Por lo que se refiere a esa relación de la ciencia y la técnica...hay centenares de datos para comprobar como lo que se ha venido diciendo es correcto”<sup>8</sup>.

A su vez, los problemas mundiales a que se ha referido antes, se presentan agravados en los países semicoloniales y dependientes –le parece más apropiado este concepto que el término de subdesarrollados-, por cuanto hallándose como se hallan dentro del mercado mundial, reciben el impacto de las grandes invenciones y “ninguno de ellos puede dejar de conformar el valor de sus mercancías poniendo entre paréntesis el avance técnico y el avance científico de los grandes países, si es que recordamos muy bien lo que Marx nos enseña acerca de la formación del valor, que es un proceso mundial”<sup>9</sup>. En este marco de referencia la situación de Colombia es “catastrófica” pues “el esfuerzo industrial que el país ha realizado se ve yugulado completamente, ahogado finalmente, destruido, por una política económica practicada a medias, intuitiva, tímidamente adelantada, o en ocasiones audazmente adelantada, como la que consiste en abrir las barreras aduaneras rebajando algunos aranceles básicos, permitiendo que la tasa de interés sin intervención ninguna del Estado prácticamente se regule por las tasa de interés norteamericanas, etc”. Aclara que si bien este tipo de decisiones no dependen tan sólo de la voluntad de un gobernante, “mecanismos de política económica como los que han venido siendo practicados en los últimos diez años son los que tienen indudablemente la culpa”<sup>10</sup>. Lo anterior, dice, se puede demostrar en el caso de Medellín y en el de toda la industria, empezando con la metal-mecánica, sometida a *dumping* por parte de Japón, Alemania e Italia, cuyos Estados subsidian la exportación de hierro y acero. La crisis de la industria del acero alemana y la crisis de la industria del acero norteamericana de ese momento anota que se debe, en lo fundamental, “al grande aparato productivo

<sup>7</sup> Ibid., p. 4.

<sup>8</sup> Ibid., p. 5,

<sup>9</sup> Ibid., p. 9.

<sup>10</sup> Ibid., p. 9.

moderno, robotizado hoy del Japón, que permite rebajar los costos considerablemente por razones para nosotros obvias”<sup>11</sup>, base sobre la cual los gobiernos respectivos establecen subsidios a las compañías.

En Colombia se impuso la teoría de Friedmann, so pretexto de que era necesario que se desplegaran todas las fuerzas del mercado; se adelantó una política “que ha dado al traste con nuestras bases industriales o sea con la acumulación de capital, que no había realizado un empresario u otro sino **el trabajo entero del pueblo colombiano** con la ayuda directa o indirecta de cada uno de los ciudadanos del país, es decir, el trabajo nacional allí acumulado, esa acumulación de capital que eventualmente está en manos de una clase u otra, está perdida en gran parte, amenaza ser arrasada por la competencia internacional en forma de *dumping*, en industrias como éstas, en industrias como las textiles, etc., sin que nosotros nos demos cuenta de modo muy cabal. Y esto constituye un problema sociológico de primera importancia que el departamento de Sociología, que la Universidad Nacional multidisciplinariamente tendría que afrontar en alguna forma”<sup>12</sup>.

Según el profesor Mesa los colombianos vivimos la revolución industrial clásica pero “complicada en sus términos y acelerada en sus ritmos por la revolución científica y técnica de hoy ... Es decir, se trata de que el país no ha cumplido todas las etapas clásicas de la revolución industrial y sin embargo ya a partir de 1950 se ha visto en la necesidad inaplazable, ineludible, de afrontar la asimilación de los nuevos términos de la revolución científico-técnica contemporánea. La automatización de algunos procesos de la producción en los textiles, en la banca, en la administración, en centenares de servicios, etc”<sup>13</sup>. Llama la atención sobre el progreso acelerado y las proyecciones previsibles de las innovaciones de la micro-electrónica, lo que implica que la revolución industrial se ha vuelto más compleja, precisamente por el impacto de la revolución científica y técnica. Y en nuestro caso puede hacerse esa previsión, si se tienen en cuenta los indicadores ya existentes: “la presencia de los computadores, la presencia inminente de los robots va a traer aquí una complejidad de los términos de que apenas podemos intuir la gravedad. Aquí esta revolución industrial entonces se ha hecho más compleja por el impacto también más complejo y más profundo de la revolución científica y técnica de que estamos hablando”<sup>14</sup>. Pone de presente que esta revolución científica y técnica sigue avanzando, que ya está en prueba “un computador que realiza 100 millones de operaciones por segundo—no por minuto—y en segundo lugar una nueva generación de computadores que ya no operan binariamente con los términos, con las cifras 0 y 1, sino que ya como los japoneses empiezan a probarlo, y los alemanes (lo mismo la IBM en

<sup>11</sup> Ibid., pp. 9-10.

<sup>12</sup> Ibid., pp. 10-11.

<sup>13</sup> Ibid., p. 13.

<sup>14</sup> Ibid., p. 14.

los Estados Unidos) empieza a trabajar a base de conceptos”<sup>15</sup>. Subraya lo que estos avances significan como revolución técnica y revolución intelectual.

Del contraste de tales avances con lo que el país cuenta en ese plano se deduce el “abismo” en el cual se encuentra, situación que no se puede seguir eludiendo, porque la revolución clásica, complicada con la moderna, se presenta en los más diversos aspectos; se presenta en la agricultura, en la que vemos “los complejos agroindustriales de hoy, por ejemplo el de los pollos, el cultivo de toda clase plantas, los pesticidas, la recolección de cosechas, el transporte de esas cosechas, la conservación de ellas, la alta productividad del trabajo cuando quiera que el capital penetre en el campo vastamente como en la palma africana, el algodón o el ajonjolí”<sup>16</sup>; las repercusiones se ven en el desempleo obvio que acarrea en el campo y en la necesidad de una alta capacidad del trabajador que se quede en él (o sea la destreza del trabajador adaptada a la técnica, según Marx). Aclara que la desocupación no es coyuntural sino estructural. En el caso de Medellín, por ejemplo, es estructural; allí está “determinada por el avance concreto de las fuerzas productivas”. Y añade que llegaremos en no mucho tiempo “a la era del robot, en la que ya serán centenares de miles los trabajadores que quedarán desocupados”<sup>17</sup>.

Estos problemas son, en el sentir del profesor Mesa, un reto para nuestra disciplina. Sobre todo para la sociología política, por cuanto a ella le correspondería proponer un tipo de Estado acorde con una sociedad de tales características, proveer orientación y guía para esas masas desocupadas e indicar como éstas se van a incorporar de nuevo a algún trabajo productivo o a algún grado de convivencia. Asevera que la dificultad de convivencia en el área de Medellín está determinada por dichos problemas y, por lo tanto, es predecible que “el destino del país será ineluctablemente éste, en la medida en que la técnica penetra a los sectores de la producción avanzada. Y lo mismo podemos decir de la inadecuación de las instituciones a la fuerza productiva sobre esta base. Ni el Estado, ni la universidad, ni ningún tipo de institución tradicional parecería adecuado a este nivel de la fuerza productiva”; se pregunta si no estará precisamente aquí una de las causas de lo que llamamos comúnmente la crisis nacional: “Esa crisis nacional entendida precisamente como se entiende etimológicamente: la necesidad de escoger entre varias coyunturas, entre varias posibilidades, entre varios términos aquél que permita precisamente llevar a una solución del problema o sea superar estas contradicciones y estas ambigüedades hasta lograr una cierta etapa de equilibrio”<sup>18</sup>. Se trata de una contradicción que resume “todo el problema entre las fuerzas productivas altamente desarrolladas y una relación de producción retrasada de un primer capitalismo”, una contradicción que

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 14.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 15.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, pp. 15-16.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 16.



puede estar en el fondo de la crisis y en ese sentido “será cada vez más ineludible para los sociólogos y los directores políticos”<sup>19</sup>.

### Las perspectivas actuales

En las dos últimas décadas del siglo XX no se superó la crisis nacional. La dirección de la economía continuó bajo la influencia acrítica de teorías importadas, en particular de los Estados Unidos, en momentos en que es ostensible el estancamiento del proceso capitalista.

Una de esas influencias, ya analizada más arriba, la del llamado neoliberalismo, se profundizó. Los sucesivos gobiernos extendieron su alcance a los diversos sectores de la economía y del Estado en donde existía la intervención, lo que llevó a la quiebra de la agricultura y de la industria. Paralelamente, una extensa literatura elaborada en los países avanzados predice la inevitable pérdida de las divisiones nacionales por efecto de la “globalización”<sup>20</sup>. Pero lo cierto es que el hecho innegable de la configuración de un megamercado y un desarrollo espectacular de los medios de información que ha estrechado los vínculos entre los países no implica, de ninguna manera, el desaparecimiento de los Estados nacionales. Aún en el propio terreno de la economía se comprueba, como lo afirma Aldo Ferrer que “Pese a los extraordinarios avances de la globalización, los mercados internos absorben más del 80% de la producción mundial, nueve de cada diez trabajadores están ocupados en abastecer los mercados nacionales, el 95% de la inversión se financia con ahorro interno y los acervos científico-tecnológicos domésticos constituyen el sustento del cambio técnico”<sup>21</sup>.

Lo evidente es que las decisiones importantes sobre el rumbo que ha de seguir la sociedad colombiana han quedado en manos de los técnicos (la “expertocracia”, de que habla Habermas), formada en los nuevos dogmas neoliberales. A pesar de las pruebas en contrario, han llevado a cabo su objetivo de reducir al mínimo el Estado, desconociendo con ello lo indispensable que es un Estado fuerte para el desenvolvimiento armonioso de sociedades tan profundamente desiguales como la nuestra; lo han ido despojando de los instrumentos que le permitirían actuar en el sentido de corregir esas desigualdades. Afirman que el curso natural y espontáneo del mercado capitalista es la fórmula para acceder al mundo de los países avanzados. Se impone entonces la perspectiva externa, la que ve a Colombia como una unidad más en la economía mundial, sometida a las orientaciones de los organismos internacionales, orientaciones que, en últimas, provienen de la potencia hegemónica, cuyo peso en esos organismos es

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 17.

<sup>20</sup> Ver al respecto, por ejemplo, B. Reich. Robert. *The work of nations*. New York: Vintage Books, 1992.

<sup>21</sup> Ferrer, Aldo. “Desarrollo y subdesarrollo en un mundo global”, *Enoikos*, Buenos Aires: año IV, No.11, (sept. 1996); p.78.

determinante. No se piensa la realidad del país desde la perspectiva nacional, como una comunidad de intereses y aspiraciones, con una dinámica propia, en relación con la cual hay que examinar los procesos externos.

Hemos asistido en los últimos años al ostensible debilitamiento del Estado, con la consiguiente pérdida de soberanía que ello entraña. La apertura económica apresurada, la crisis política del período presidencial de Samper, la ausencia de partidos modernos, la corrupción administrativa, la sangría económica y el desastre ecológico causado por la guerrilla, la inseguridad generalizada que ésta, las autodefensas y el narcotráfico han creado en todo el territorio colombiano, la incapacidad de conducción del presidente Pastrana, son elementos internos que han de tenerse en cuenta en la evaluación del deterioro actual del país. Podemos así explicarnos por qué se ha restringido nuestra autonomía política, económica y militar y por qué las decisiones del gobierno y las de las Fuerzas Armadas dependen mucho más que antes de las directrices de los Estados Unidos.

No cabe duda, entonces, que se ha agudizado la crisis nacional. Y si seguimos el hilo del pensamiento del profesor Mesa aquí examinado, tendremos que reconocer que no se ha resuelto la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción que está en la base del estancamiento de nuestro desarrollo nacional. Un buen indicio de la importancia del espacio económico que él señalaba en la conferencia aquí comentada, es el extraordinario éxito del comercio con Venezuela de los últimos años. Con todo, los datos de la industria en el año 2000 (en un nivel de producción inferior al de 1998) y su incapacidad para ofrecer nuevos puestos de trabajo (las dos terceras partes de los empresarios declaran no estar en condiciones de contratar trabajadores), indican que no ha mejorado en general la productividad, aunque es probable que parte de esa contracción en la oferta de trabajo obedezca, en algunos casos, como los textiles, a la importación de tecnologías avanzadas que liberan mano de obra; la desocupación ha alcanzado una cifra record de 20%; y, no obstante que los planes de desarrollo de los gobiernos de la década de los noventa dedicaron un capítulo a la ciencia y la tecnología, reconociendo su papel estratégico para el desarrollo del país y que se crearon comisiones de alto nivel que darían pautas para la acción en dicho campo, ningún paso concreto se dio en ese sentido. Los políticos y los dirigentes del Estado no demuestran tener claridad acerca de la dimensión real de la etapa histórica que estamos viviendo. Podemos decir, entonces, que para el departamento de Sociología siguen vigentes los postulados de 1968 y que su tarea de formar sociólogos “capaces de describir y explicar el país” es hoy, más que nunca, una tarea sustancial en el inaplazable objetivo de fortalecer el Estado nacional colombiano.

**Héspes Eduardo Pérez Rivera**  
Profesor del Departamento de Sociología  
Universidad Nacional de Colombia  
hgsperez@andinet.com